

CAPITULO IV

PRIMERAS VISIONES DE LA FANTASÍA Y PRIMEROS PROPÓSITOS DE LA VOLUNTAD DE LOYOLA

La herida cruel de San Ignacio, la inmovilidad á que necesariamente lo sujeta, bastan para explicar el comienzo de su vocacion y el esbozo de sus proyectos. Una grande actividad sin empleo: hé ahí la clave de aquel plan que con sus redes y mallas de sombras envolvió al mundo. La accion, la accion á todas horas, la accion en todas partes y lugares, tal es la primera característica del genio vascongado. Su pensamiento, mas perezoso que su voluntad y que sus fuerzas, atendrása fácilmente á lo admitido por tradicion y aceptado por fe; pero su actividad material necesitará el trabajo propio de los antiguos tiempos, el trabajo de la guerra. Lo agrio de sus montañas le obligará necesariamente á convertir la pacífica agricultura en una especie de combate y lo alterado de sus mares le obligará necesariamente á vencer en cada discurso por sus costas un verdadero peligro. La tenacidad en creer y en combatir constituye la base uniforme del carácter de los euscaros y la base uniforme del genio de los Loyolas. Por todas partes blasones de antigüedad, que provocan á la soberbia del imperio y al culto de las autoridades seculares, juntamente con recuerdos de guerra que aceran la voluntad y la disponen y aperciben al combate.

Para un vasco su raza es la primogénita de nuestra historia y la primitiva de nuestro suelo. La lengua que resuena en sus riscos, proviene de los labios de nuestros primeros padres, y lleva en su ingenua y feliz analogía el carácter edénico de la virtud y de la inocencia. Tal lengua, conservada con amoroso culto, dió su apellido á los primeros pobladores de la Península y al ma-

ravilloso viejo continente de Europa. En cada picacho, junto al nido del águila ó del milano, el rastro de la hazaña y de la lucha. Una tradicion, mas ó menos fundada, pero convertida en dogma popular, presenta el hondo valle de Regil como tumba de los romanos vencidos en duelo singular; el alto monte de Vindio como catafalco cubierto por los huesos de los mártires que han dado su vida en holocausto al hogar y á la patria. Los cánticos primeros de tal lengua dicen cómo por cada cinco vascos caidos á manos de los conquistadores, perdian los conquistadores cinco docenas de los suyos inmolados por los vascos. Como en la piedra porosa y en el agua goteante se acera el hierro y se trueca en espada ó sable, acérase, á su vez, en esta tierra y en las gotas de sangre que ha bebido, acérase la complexion física y aun el carácter moral de sus hijos. No busqueis aquí las playas serenas y rientes que invitan á la creencia en eterno paganismo y á la cancion suave y melodiosa de indecible amor; no busqueis la palma oriental á cuya sombra se asientan y á cuya vibracion se adormecen los pueblos meridionales de nuestra península; ni la guzla ni la canturia semíticas, ni la línea y armonía griegas, ni los caracteres propios del pueblo romano han podido entrar en la composicion de tal familia de pueblos, apegados á sus creencias á tal punto que hasta el Cristianismo es en ellos relativamente moderno, por amor invencible á las magnas obras del tiempo. Grandes navegantes y grandes soldados son los vascos en la historia, y á la navegacion y á la guerra, combates estos del hombre con el hombre, combates aquellos del hombre con los elementos, debia principalmente la fuerte actividad euscara consagrarse.

Un hijo de tales regiones, acostumbrado de antiguo á oir el huracan estrellándose en los montes y la tempestad y la tormenta en las playas, perteneciente á las familias guerreras que no se habian dado punto de reposo en combatir á la continua entre sí, hasta que les sometió el cetro de los reyes, abriendo á su actividad horizontes mas dilatados y mas tempestuosos, campos de batalla mas sangrientos; un paje de los reyes, que todavía llevaban, cuando los vió él, en los arneses de sus caballos y en los mantos de sus hombros, el polvo de las cien batallas andaluzas; un soldado que pudo escuchar, no léjos de la techumbre solariega, el relato épico de la primer vuelta dada por un navegante al planeta; garzon crecido y criado entre tantos espec-

táculos capaces de mover la voluntad mas inerte y el pensamiento mas tímido; bien podia imaginarse, cuando sus males y sus enfermedades le ataban tristemente al lecho del dolor, que iba de seguro á conquistar el mundo con lo único vivaz y animado ya en su sér, con el espíritu.

¡Ah! Toda personalidad histórica se tiñe del tiempo en que nace; y los tiempos de Loyola no habian sido tiempos de tregua para la infatigable actividad y coraje de su raza. Poco despues de proclamada la Reina Católica, iban los vascos por tierra, en legiones, á la frontera de Portugal y á la recuperacion de Zamora, y al sitio de Burgos, y á la defensa de Rentería y Oyarzun; y por mar á la toma de Vivero y Pontevedra declaradas por la Beltraneja, y á la continuacion de la conquista de Canarias, donde murieron todos sus audaces marinos. Las naves guipuzcoanas bloqueaban los puertos de Africa en la guerra granadina y conducian el último rey moro á las playas desabridas del destierro, en cuyo seno acababa la porfía de siete siglos. Igualmente servian aquellos fuertes marinos en las costas de Italia é igualmente peleaban, cuando era preciso, con Francia é Inglaterra. La conquista de Oran por Cisneros hubiera sido imposible sin que Vizcaya y Guipúzcoa le procuraran las naves, en cuyos vientres fueron los catorce mil soldados que ilustraran su nombre allá en Mazaquivir. Fuenterrabía, último límite de nuestra patria, Behovia, San Marcial, recuerdan cómo combatieron por aquellos tiempos las huestes vascongadas. ¡Y el mas atrevido, y el mas constante, y el mas valeroso de todos sus hijos habia de estar postrado en su lecho y rendido, sin poder dar movimiento á sus miembros, cuando se habia criado al son de las descargas, entre nubes de humo, sobre los adarves de las combatidas fortalezas, con el arcabuz al ojo, entre las llamas del asedio!

El fundador acababa de ser herido á la edad de treinta años en la fortaleza de Pamplona y trasladado á su casa de Guipúzcoa. Aun no llegara Ignacio á su hogar, cuando se le recrudecieron las dos heridas de sus piernas, empeorando de suerte que los deudos y parientes le creian ya próximo al trance último de la humana vida. Por causa del viaje ó del descuido, los huesos rotos, en vez de meterse y encajarse con facilidad en su centro, estaban fuera de su respectivo lugar, y le hacian horrible daño con

su fractura y descuadernamiento. Esta situacion horrible del heróico soldado muestra su natural fortísimo y valeroso, mas que ninguna otra situacion de su historia. El espartano mas fuerte y el estóico mas frio no soportaran el largo viaje por montes y por breñas con las dos piernas rotas, y sin lanzar un gemido ni hacer un gesto, como lo soportó el terrible Ignacio. Médicos y cirujanos de las cercanías, una vez instalado en Azpeitia, corrieron á socorrerle, y aumentaron el mal con los remedios. Su cuerpo era una carnicería. Para juntar y soldar los huesos hicieronle sufrir tormentos que bien pueden llamarse martirios. Y cuantos le veian y auxiliaban en aquellos trances quedábanse maravillados y suspensos, al ver cómo sufría las operaciones mas dolorosas con rostro sereno y sonrisa inextinguible, cual si la voluntad interior hubiese vencido y superado las incontrastables fatalidades orgánicas. Pasar por tantas pruebas, sentir tantos materiales dolores, y no palidecer siquiera, demuestra cómo el lado moral iba de suyo á sobreponerse fácilmente al lado físico en aquella extraordinaria personalidad. La flaqueza de las fuerzas quedaba vencida por el poder de las ideas.

Crecia el mal diariamente; y no le restaba esperanza ninguna de vida. Cuantos le circundaban y le veian tan débil, dábanse á predecir una desgracia, en la cual solo él no creia, inspirado por las voces sobrenaturales de su vocacion que le llamaban á grandes y misteriosos destinos. Pero fué necesario avisarle de que la vida se le iba, y se le venia la muerte á mas andar. Confesóse de todos sus pecados en confesion general; tomó la eucaristía y la extremauncion; y aparejóse para presentarse ante Dios en el momento señalado por los médicos á su fin.

Mas, ora fuese que los sacramentos y ejercicios piadosos le serenaran el ánimo y obraran sobre su físico con saludable influencia; ora fuese que la enfermedad hiciera realmente crisis provechosa y fausta, lo cierto es que al minuto señalado para su muerte le sobrevino inesperada y súbita mejoría. Su biógrafo atribuye tal milagro á la intercesion de San Pedro Apóstol, patrono á quien San Ignacio se encomendaba y referia en todas sus penalidades. Para quien mira filosóficamente la historia, nada tan natural como que prefiriera el fundador de la orden de los jesuitas á todos los patronos de nuestro rico santoral y calendario, el apóstol San Pedro, primero entre los

Papas, cabeza visible de la Iglesia, modelo de la tradicional autoridad, jefe de aquellos primitivos cristianos tan apegados á la tradicion que hacian, por espíritu conservador y aun reaccionario, de la Iglesia cristiana dócil secuela y pálida continuacion de la Sinagoga judaica. El defensor de la secular autoridad pontificia debia encomendarse por necesidad al primero y mas antiguo de los Pontífices.

Librado ya del peligroso trance, en que se habia visto á dos dedos de la muerte, volvíale al cuerpo la salud, pero quedábanle deformes y contrahechas las piernas. Por bajo de una de sus rodillas salíale feamente un hueso dislocado y la otra rodilla rota por veinte partes le impedia tocar con el pié y erguirse con seguridad en el suelo. Mozo de lozanía, de robustez, de fuerza, dado á la guerra y al amor, aun por aquellos primeros dias de su enfermedad no renunciaba del todo, ni á la corte, ni al combate, ni al placer, ni al aventuro que habian urdido la trama de su existencia. Por consiguiente, quiso que le limasen el hueso roto y saliente, así como tambien que le desencogiesen la encogida pierna. Inútil decir cuántos y cuán acerbos dolores sufriria en tan terribles operaciones quirúrgicas. En vano los médicos le dijeron que debia preferir el pasar por el mundo el resto de sus días con aquellas deformidades á exponerse por una tenacidad increíble al riesgo de nuevos dolores y peligros. No se consolaba el santo, jóven de apuesta figura, del estropeamiento, y queria, en aquellos últimos albores de su pasada vida, conservar el erguido talle y el firme paso que dieran en el mundo tanta prestancia y tanto prestigio á su persona. Contaba él mismo en sus expansiones y confianzas que le dolia por extremo el renunciar á la bota elegante, á las rodilleras bruñidas, á las preseas y arreos de su gozosa juventud. Queria, pues, quitar todos los estorbos dejados por las lacas varias de su terrible enfermedad á la natural apostura. No hubo medio, pues, de disuadirle. Por mero gusto, arriesgaba la vida y recibia nuevamente la incómoda visita de inenarrables dolores. Propusieron los médicos atarlo, pero negóse á las ligaduras, avergonzado y corrido de que, aun despues de verlo padecer, le creyeran capaz de cualquier estremecimiento desordenado, ni en el rigor mas grave. Difícil encarecer cuánto le hicieron sufrir aquellos cirujanos, al limarle los descoyuntados huesos de la rodilla y al tenderle los encogidos tendones de las piernas.

Otro hubiera muerto en aquel trance, ó perdido, por lo menos, la razon y el seso. Las ruedas, los instrumentos cortantes, mas que á remedios del cuerpo, semejaban á potros del tormento. Y no decia Ignacio palabra, y no mostraba, ni en su rostro, ni en su respiracion, ni en su voz, ni en su pulso, alteracion alguna, como si la fuerza de su voluntad le hubiera hecho superior á todos los dolores.

Yo, siempre que lo considero, veo en su fortaleza la fortaleza del vasco. Tras su sotana de negro merino, y sus hopalandas clericales, descubro al antiguo legionario cantábrico, sin armadura, sin casco, la veste de pardo paño al cuerpo, las abarcas en los piés, el cinto de cuero á la cintura, la espada atrás, el chuzo en la derecha mano, el largo cabello sobre la espalda, desnuda la cabeza, y apercebido al combate como las fieras á la matanza. Su carácter me persuade cada vez mas de la inmanencia y de la persistencia en el mundo de los tipos seculares y de las especies históricas. Obstinadísima, llamó á su raza el poeta Horacio en el habla clásica del siglo de oro latino. Dos mil años hace mas de dos mil años, que les llamaban á los vascos los escritores romanos, en sus respectivas obras, enemigos de la ociosidad, insensibles al frio y al calor, pacientes en todas las penalidades, fuertes de complexion, dados á los mas trabajosos ejercicios, sobrios en sus gustos, osados en sus empresas, intrépidos al peligro, menospreciadores de la muerte, perseverantes en sus empeños, implacables en sus luchas, terribles en la accion, inquietos y turbulentos por naturaleza, irascibles á la contrariedad, fáciles de sosegar por el cariño, y tan apegados á sus usos históricos y á sus costumbres añejas, que mantenian el culto á sus lares contra los mismos dioses romanos y hablaban una lengua distinta y aparte de todas las lenguas hasta entonces habladas en el mundo.

El suicidio les era natural á los cántabros despues de vender caras sus vidas, cuando entraba en sus legiones la derrota. Aun se contaba en Roma vulgarmente que, llegados á la edad propecta, é inútiles para las fatigas militares, morian de muerte voluntaria. Hasta sus mujeres asemejábanse de suyo á las amazonas de la fábula y manejaban el azadon y el arado en los campos mientras sus padres la espada ó la pica en los combates, á cuyo seno iban tambien, como los varones, cuando lo demandaban la necesidad ó la honra.